

GONZALEZ ROJO Y CARLOS OLIVA: POETAS EN CONTRASTE.

Por Federico Patán

He aquí que este Ulises, tercero de su línea, hijo y nieto de poetas, responde a una de las urgencias más antiguas del hombre y se lanza, "Don Quijote del mar, marino andante", a un viaje; lo mueve la necesidad de conocerse, que es un medio seguro de conocer a otros. Y van su cediéndole en su periplo aventuras diversas, expresadas en El tercer Ulises con versos centelleantes.

Se nos entrega, canto tras canto, una serie de incidentes cuya función es la de espejos. Del nacimiento partimos y de Penélope nos separamos, una Penélope rehacía al telar y ansiosa, ella también, de caminos. Y en cumplimiento de un deber machadiano, al mundo vamos y en el mundo resolvemos nuestra incógnita. Circe y Polifemo serán dos de las etapas; llegaráse, por fin, "hasta el cerebro. ¡Al fin materia gris!

¡Al fin espíritu!" Se bajará al encéfalo, pues "la ropa más sucia se lava en los sótanos de la casa". Y entonces, cumplido el rito del conocimiento de sí mismo, se está dispuesto a la continuidad en otro Ulises, pues se es ya dueño de los secretos.

Se nos cuenta esto en una secuencia de once cantos, ejemplo poco frecuente en nuestro medio de una poesía de aliento largo, capaz de trabar un grupo de poemas hasta convertirlo en una estructura congruente y fascinante, muestra cabal de cómo debe concebirse un libro. Yo, lector empedernido de poesía, me encuentro muy a gusto en la de González Rojo, pues comparto con ella puntos de vista. Como ya dije en algún otro lugar, me deleita su irreverencia para con todo. Sin falsas cortesías, me asalta honestidad en ristre y me sacude; siento que me toma por el cuello para ponerme

ante una serie de afirmaciones no siempre agradables de oír, pero sí necesarias de aceptar.

Acaso la afirmación mayor del libro sea que no debemos conformarnos con el hastío, con la pobreza de lo repetido, con el miedo a nosotros mismos, con la aceptación de lugares comunes, unos sentimentales y otros políticos; o resumiendo todo esto, que estemos obligados a ser críticos. Dolorosamente críticos. Porque en el libro de González Rojo hay dolor y rabia, sólo que vestidos en ocasiones de humorismo, en veces de burla y siempre llenos de vigor, de ímpetu. El tercer Ulises es un poemario que en razón de su optimismo mueve, conmueve y satisface.

He mencionado la irreverencia, la rabia y el humorismo. De quedarse en esas tres características las virtudes de González Rojo como escritor, no llegaría a poeta. Le faltaría lo esencial que, de más está decirlo, no le falta: el modo de expresarse. Porque la poesía es elección de una cierta música para ciertas ideas, y esa música se encuentra en ciertas palabras puestas en cierto orden. González Rojo sabe elegir bien esos elementos, sabe combinarlos, sabe sacarles jugo. No se queda en un empeñoso pero limitado empleo del verso libre, sino que llama a la lira cuando lo cree prudente, cita al cuarteto de rimas cruzadas cuando lo necesita y se permite un haiku en algunos casos, dándonos así variedad de ritmos y de sonoridades; dándole a cada poema una andadura y un respirar adecuados.

Pero quizás sea en las imágenes donde González Rojo se manifiesta más poeta. Tiene una especie de don mágico para crear lo insólito a partir de lo cotidiano; para tomar un lugar común y darle la vuelta, dejándolo en poesía. Escuchemos algunos ejemplos: "Mi pulmón dio sus primeros pasos de aire", "proletarios y proletarias de todos los países, uníos!", hablando por los codos con mis codos". O simplemente para resumir en un destello todo un mundo

de ternura ("Mas llegas tú. Y el viento me pertenece un poco"), de aislamiento ("Con un ardor de muros en el pecho"), de deber existencial ("No se queda en la casa. Se va haciendo camino", verso enriquecido por la doble interpretación, permisible en la última parte), o de simple belleza ("Abre el día sus ojos de neblina").

González Rojo es un poeta enamorado de la vida, que tiene como empeño hacernos compartir ese enamoramiento. Su electrocardiograma bien nos dice que este generoso amator de crepúsculos estará toda su vida lanzándose contra molinos de viento, tarea bella si las hay. El tercer Ulises es su invitación a que lo acompañemos.

Con El dolor del ojo luminoso en su osadía, de Carlos Oliva, penetro en otro universo, en un libro desapacible, que me agrade con cierta dureza desde ángulos muy distintos y por causas diversas. Me agrade porque es un poemario surgido de las heridas que el autor ha recibido, y que siente la urgencia de hacernos ver, pero sin provocar en nosotros lástima o piedad; por el contrario, rehúye el que podamos caer en ella, se exige en su expresión un recato y un ocultamiento cuya máscara es esa agresión de la cual hablo; y ese rehuir, ese recato, ese ocultamiento dan pie a poemas de superficie áspera y trasfondo tierno, desde los cuales el poeta nos llama pretendiendo que no lo hace; o como él mismo lo ha expresado en un dístico amoroso, "mi escritura es la mera hostilidad". Y en esto, en el amor y en la hostilidad defensiva, tenemos a Carlos Oliva.

Me agrade porque el autor no cree en complacencias, y estructura sus poemas buscando sacudirnos. Recurre, para conseguir esto, a imágenes tomadas directamente de la realidad cotidiana, imágenes que incluya en descripciones acosadoras, obsesionantes, de las cuales pierde en ocasiones el control y se le van hacia la prosa o, peor aún, el prosaísmo, como ocurre, para mí gusto, en "Catarsis", en "Todos los

gatos son pardos". Pero en otras ocasiones cumplen con belleza plena su estilo, y en poemas como "Mujeres" o "Viste abrigo pardo" alcanzan una intensidad que las pone más allá de la anécdota.

Esta, la anécdota, aparece en muchos de los poemas. Aquél iniciador del libro, "Laila", es ejemplo de ello. Ejemplo es, asimismo, de otro rasgo esencial y definitivo de la poesía escrita por Carlos Oliva: la presencia constante y clara del encuentro físico, presencia generalmente de índole sexual. La vida del hombre parece hundida en el vacío, en la soledad, en el hastío, en la imposibilidad de comunicación; el sexo, entonces, se vuelve vía de acercamiento entre dos seres, intento de conocimiento de sí mismo, implemento de protesta contra el mundo heredado. "Me vuelvo eterno en el contorno de su cuerpo dice el poeta; "despojarte de la ropa para hacer el amor y también variar la ruta del mundo", agrega; "haciendo trizas lo abyecto de la gente disfrazada y saboreamos le rebeldía de tu sexo con el mío", concluye. He aquí ejemplo de lo arriba afirmado. Para desesperación del poeta, hay veces en que el sexo mismo sale derrotado en esta batalla contra el mundo; y entonces, detrás de esa derrota yo, lector, sólo hallo un vacío; tengo la impresión de que no se dispone de otras respuestas. Y pienso que tal carencia es motivo de ese desasosiego torturado que capto en la poesía de este joven poeta.

Dado lo anterior, lógico es que la mujer resulte centro vital de esta poesía. Partiendo de aquella primera con física y metafísica en las piernas, pasando por la joven presa del hastío y terminando por la descrita en el poema "De una mirada", la mujer lo significa todo; las primeras experiencias, la posibilidad de amor, la explicación de ciertos misterios, la simple belleza de su ser, el representar "la mirada del mundo" y el lograr crear lo insólito. Libro éste, pues, entregado a la mujer y de ella surgido en gran medida. Sin embargo de una mujer mantenida en segundo plano, viste con admiración o con

reserva, pero jamás presente en voz propia. Mujer a quien simplemente se habla y mira.

Porque el mirar es otro elemento de importancia capital en El dolor del ojo luminoso en su osadía, que incluso en el título subraya esto. La mirada es aprendizaje, como en "Laila"; es camino de unión, como en "De una mirada"; es herramienta de conocimiento, como en "Identidad al azar"; y puede ser lejanía, como en "Conversación". Es, asimismo, una de las maneras de legar a la realidad real, si me permiten llamarla así.

Son éstos, pienso, los puntos claves en la poesía de Carlos Oliva. Ha elegido el poeta expresarlos en un estilo no siempre grato al oído, quizá porque con la aspereza de algunos versos quiere arrancarnos al embrujo de la música, tal vez por que en ocasiones no fue capaz de evitar esa aspereza. Sin embargo, en El dolor del ojo luminoso en su osadía tenemos una voz singular, que va caminando por la poesía con paso propio.

Confrontados quedan así dos poetas muy disímiles. He propuesto en estas páginas, someramente, mi lectura de ellos, mi modo de comprenderlos. Pero indudablemente es que cada lector crea a su poeta, y lo por mí leído no es sino una invitación para que pasen ustedes a los libros e inicien en el proceso de reconstrucción correspondiente. Gracias.